

EL FILOSOFO DE ANTAÑO

PRODIGIOSA VIDA,

ADMIRABLE DOCTRINA

Y PRECIOSA MUERTE

DE LOS FILOSOFOS LIBERALES DE CÁDIZ.

Continúa el capítulo anterior.

¿Cree (el cabildo de Cádiz) que las riquezas y consideracion que gozan los de su clase, los hace superiores al pueblo? En estas palabras disipa admirablemente el Señor Tribuno la densa niebla de algunos errores, fundados en el fanatismo que hasta ahora ha dominado á nuestra España. Los españoles rancios, y los filósofos de antaño, creíamos que los sacerdotes, cuya reunion compone regularmente un cabildo, eran superiores á la multitud: que toda legislación divina, humana, conónica, civil, musulmana y china daba, á los sacerdotes un lugar muy superior al pueblo: nos parecia que al que dixese lo contrario, sobre tenerlo por un impío, debíamos enviarlo á Constantinopla, para que allí aprendiese religion de los turcos. Nos parecia que el sacerdocio eleva al hombre sobre el resto de sus hermanos: que nadie debia abrogarse esta dignidad, sino el que es llamado de Dios, como Aron: que la

misma consideracion que gozan los de la clase sacerdotal, es un auténtico testimonio de la preeminencia de su dignidad; y que si las riquezas no son las que los eleva sobre la multitud, la misma consideracion de los pueblos al sacerdocio, prueba su preeminencia. Para deshacer, pues, el Sr. Tribuno, y de un golpe aniquilar estas preocupaciones españolas, hijas legítimas de su insensatez y fanatismo, con espíritu socarron y ánimo picaresco suelta este interrogante sarcasmático: *¿piensa el cabildo de Cádiz que la consideracion que gozan los de su clase los hace superiores al pueblo?* como si dixera: *¿creen los señores del cabildo de Cádiz, que por ser sacerdotes son superiores á los zapateros?* *¿Cree que la consideracion con que el pueblo honra en ellos la dignidad sacerdotal, los hace mayores que los aguadores y demas gente del pueblo?* Infelices: eso sucedia y sucede en las monarquías donde son hollados los derechos del pueblo; pero no en una república como la que pensamos plantificar en España, en la que todos los miembros se han de convertir en cabezas, en las cuales los padres serán iguales á los hijos, el magistrado al ínfimo de la plebe, y el sacerdote al pueblo. La dignidad sacerdotal no puede elevar al hombre sobre el resto de sus hermanos en una república, qual desean las liberales en España, en la qual, plantado el árbol de la libertad en medio de la plaza de la Constitucion, den á su rededor saltos de placer los españoles, libres de la *esclavitud* de la ley de Dios, y de la tiranía de las potestades humanas. *Infelices* (prosigue el Sr. Tribuno): *este brillo durará hasta que, entre otras cosas, el Congreso eleve á los párrocos al grado de autoridad que les cor-*

responde, y los saque de la deferencia y miseria en que los tiene sumidos la aristocracia canonical, y los reintegre en el ejercicio de los derechos que han recibido del Salvador. Si como el Sr. Tribuno es hombre de excelente moralidad, de admirable pureza, de vida sumamente moderada, especialmente en la lengua, y sobre todo en el ejercicio de..... si como es religioso, modesto y pio fuese un jacobino, un sansculote, y uno de aquellos, que por el candor de su alma y pureza de vida han adquirido el renombre de libertinos, nos sobraria el fundamento para asegurar que con los especiosos títulos de reintegrar á los obispos en sus derechos, y restituir á los curas en el ejercicio de la potestad que recibieron del Salvador, realmente minaban la religion de Jesucristo; porque ha sido constante práctica de los enemigos de la Santa Iglesia el procurar destruir aquella visible fuerza que resulta de su union, cuyo centro reside en el Vaticano. Para esto el primer paso ha sido declararse contra los derechos del romano Pontífice; ¿pero cómo? protestando solemnemente que si declaman contra los *pretendidos* derechos de Roma, es por considerarlos como usurpaciones de la autoridad episcopal, cuya defensa voluntariamente se abrogan. Cacareando zelo por la autoridad de los obispos, impugnan la del Pontífice romano; y si logran abrir la brecha, se declaran contra los derechos de los obispos, ensalzando los de los curas, en atencion á su cuidado y trabajo inmediato. Para destruir despues la autoridad y derechos de los curas, engrandecen los de todo sacerdote, y para destruir la autoridad sacerdotal, elevan hasta el empíreo la autoridad de la nacion y del rey; de modo, que el

puro zelo por el esplendor de la dignidad episcopal los compele á impugnar la del romano Pontífice: el amor á los derechos de los párrocos los obliga á declamar contra los obispos, el respeto profundo al sacerdocio en general, los estimula á declararse contra los párrocos; y finalmente, el amor á la patria, á su nacion, y á los derechos del hombre, es la verdadera causa de la guerra contra la religion. De este modo verifican lo que decia aquel sábio, á quien he citado como poeta: *las verdades han sido disminuidas por los hijos de los hombres: han lisonjeado á su próximo con proposiciones vanas: su corazon abriga el engaño, y de acuerdo con él habla la lengua.*

Léjos el Sr. Florez de Estrada de toda esta perversa doctrina y sistema maligno, sin embargo que en este número verá el piadoso lector que declama contra los pretendidos derechos de Roma, suspirando por el libre exercicio de la dignidad episcopal, y en esta nota ya suspira por el *reintegro* de los curas *en el exercicio de los derechos que han recibido del Salvador*; pero léjos de mí el sospechar maldad, ni aun la mas mínima imperfeccion en el Sr. D. Florez: su conducta está demasiado justificada en esta parte. El puro zelo por el esplendor de la dignidad episcopal, lo compelió á clamar contra las *usurpaciones* de Roma. El zelo por el *reintegro* de los párrocos *en las facultades que les dió el Salvador*, lo devora ya: y si quiere quitar la renta á los canónigos, no es por darla al real erario, no porque espere tener parte en ella, si el caso se verificara, sino únicamente para distribuirlas entre los párrocos, por ser los mas laboriosos operarios. Si el Sr. Tribuno, en vez de ser justo,

fuese tan pecador como yo, tomaria mi consejo: yo me declararia contra los curas quando hubiese oportunidad: me declararia contra los derechos de los curas, ensalzando la dignidad y derechos del sacerdocio: diria que todos los sacerdotes, por tales, son curas, luces, pastores y padres de las almas; que los sacerdotes llamados simples no los conocio el evangelio, ni la respetable antigüedad, sino solo la ignorancia de los siglos de barbarie.

Luego me declararia contra los sacerdotes, diciendo que todos lo son; pues, segun la doctrina de los santos doctores, todo cristiano puede y debe ofrecer á Dios el sacrificio de su entendimiento, de su voluntad y apetito, y en algunas ocasiones el de su vida; y quando hubiera batido los derechos de los sacerdotes, defendiendo los de los cristianos, les añadiria que esto de religion es una mera invencion de la política para amarrar á los mortales al pie del trono, y obligarlos á que voluntariamente, y aun con deleite, arrastren las cadenas del servilismo.

El que lea en el Sr. Tribuno tantas declamaciones contra los derechos del romano Pontífice; el que vea que trata al Sr. Nuncio y al cabildo de Cádiz &c. de intrigantes, conspiradores, traidores &c., creerá que es algun libertino; pero quando vean que se explica así, arrebatado únicamente del zelo de la dignidad y sagrados derechos de los obispos, quando lo oigan suspirar por el libre ejercicio de los derechos parroquiales; y sobre todo, quando observen la dulzura é inefable suavidad con que sus lábios pronuncian el nombre del Salvador, sin duda se persuadirán que el señor intendente de Sevilla es un varon verda-

deramente apostólico, una de aquellas almas espirituales, que por la suavidad de su espíritu, y néctar que despiden sus labios, se llaman justos melifluos.

Acuérdese el cabildo de Cádiz, y los de su modo de pensar, *de la sumision á las autoridades que les imponen los cánones. No se olviden de que la humildad, la caridad, la persuasion, y la oracion son sus armas.* En esta plumada sola el Sr. D. Florez de Estrada da un golpe tan descomunal á la doctrina rancia, por otro nombre evangélica, que parece querer aniquilarla: porque en estas admirables sentencias parece nos quiere enseñar el Sr. Tribuno que la Iglesia jamas debe resistir á la potestad temporal, y que quando ocurra pelear contra sus decretos, por ser perversos, no tiene otras armas que oponerle, sino *la humildad, la caridad, la oracion y persuasion.*

Quando á la luz de la filosofía de antaño leo y medito el evangelio, veo al divino Redentor como empeñado en persuadir á los apóstoles y discípulos, y en ellos á quantos en lo sucesivo habian de ejercer la jurisdiccion espiritual, que del mundo solo habian de experimentar contradicciones, y los exhorta y manda que esten armados siempre, y dispuestos para el combate. Supone, pues, que habian de resistir en muchas ocasiones, y oponerse á los decretos de la autoridad temporal; supone que á mas de la oracion, humildad, caridad y persuasion, debian manejar otras armas, pues de lo contrario no habria lugar al combate; porque ¿quién pelea contra el que, léjos de oponérsele, se humilla, lo ama, y ruega por su bien solamente? Si los apóstoles no se hubieran opuesto á los decretos de los magistrados ro-

manos, y aun de los emperadores, si solo se hubieran humillado, callado, orado y obedecido, no hubieran experimentado la severidad de las gentílicas é inicuas leyes. Jesucristo dixo á sus apóstoles, y en ellos á quantos habian de exercer su jurisdiccion, que quando comparecieran ante los reyes y presidentes, no se afanaran pensando cómo ó lo que habian de responder; porque todo esto se lo sugeriria el espíritu de Dios que hablaria en ellos: y en otra parte añade que en el caso, les comunicaria un language y una sabiduría, á la que no podrian contrarestar sus contrarios: suponía, pues, contradiccion de parte de los apóstoles, porque sin contradiccion y desobediencia no habia lugar á formacion de proceso, ni citacion del reo &c. Vendrá un tiempo, añade el supremo legislador Jesucristo, *vendrá un tiempo, en el qual el que os mate pensará hacer á Dios un gran obsequio.* ¿Cómo podia verificarse tal encono sin oposicion de ideas, y de conducta de parte de los apóstoles? ¿Cómo cabe en el corazon humano tan horrible persecucion contra quien solo opone humildad y paciencia? Aun explica mas esta materia, quando dice que el buen pastor se opone tan valerosamente al lobo, que no cede, aunque sea necesario dar la vida en la defensa. ¡Excelente modo de auyentar los lobos del rebaño, Sr. D. Florez: no presentarles otras armas que la *humildad, caridad, oracion &c!* Finalmente, Jesucristo enseña que quando se trata de oponerse á los decretos inicuos de la potestad temporal, los cristianos, y sobre todo los pastores, deben ser tan valientes, que no teman á los que solo pueden quitar la vida del cuerpo, y no alcanza su poder á dar la muerte eterna al alma; y que no deben temer sino á aquel

que puede perder el alma y cuerpo. Pero toda esta doctrina la deshace admirablemente el sapientísimo intendente Florez, manifestándonos que la Iglesia no tiene otras armas que *la humildad, persuasion, oracion y caridad*. Por tanto debemos decir con el sapientísimo intendente, que obraron mal San Pedro y San Pablo, oponiéndose á los decretos de Neron; y no contentándose con manejar solamente las armas de *la oracion, persuasion, humildad y caridad*: que obraron mal todos los mártires, porque no obedecieron á los decretos inicuos de la potestad civil: que San Ignacio mártir, Clemente, Hilario, el Nacianceno, Crisóstomo y Basilio, el clarísimo Cipriano, y sobre todos el incomparable Atanasio, ignoraron el espíritu y las armas de la Iglesia, porque no solo manejaron las armas de la *humildad, caridad, persuasion y oracion*, sino que opusieron una resistencia directa é inexpugnable á los decretos inicuos de la potestad temporal. Quando Dios envió á Jeremias para que sostuviera sus derechos contra las inicuas pretensiones de los prevaricadores príncipes de Israel, le dice: te he puesto como columna de yerro y muro de bronce, contra los caudillos y príncipes de Judá: no temas á sus palabras, ni te amedrenta la severidad de sus rostros: yo te he puesto para que arranques y destruyas, edifiques y plantes. Á Elias armó de fortaleza contra Acab: á Isaias contra Manases, y á todos los profetas contra los príncipes prevaricadores de su tiempo. Este mismo espíritu ha encargado Dios á los ministros de la ley de gracia: este espíritu es el que animó á los obispos mas respetables de la Iglesia, á las columnas de la fé, y antorchas de la religion. En una pala-

bra, Sr. D. Florez de Estrada, la filosofía de antaño enseña que los cristianos, y sobre todo los obispos, deben obedecer á la potestad temporal, y deben ser pacientes y humildes, que deben amar y orar aun por los que los persiguen; pero quando se trata de sostener la causa de Dios, los derechos de su ley y de su Iglesia, resisten impávidos á todo lo que se opone á lo que se llama Dios, y se adora. Los obispos de la Santa Iglesia, respecto de los decretos inicuos de la potestad temporal, deben manejar las armas de la humildad y caridad: deben pedir á Dios que los ilumine y convierta: deben convencer, rogar, instar oportuna á importunamente con toda paciencia y doctrina; pero si esto no bastare, se deben armar de valor, de libertad é intrepidez: deben empuñar la espada santa y espiritual: deben presentarse ante la potestad temporal, aunque sea suprema, y, dándole en rostro con sus prevaricaciones, decirle: *tu es ille vir*: tú eres el que turbas la paz de Israel. Los obispos, los sacerdotes, y aun todos los cristianos, deben ser corderos mansos, y furiosos leones: primero corderos, convidando con la mansedumbre; pero si no bastare, se deben transformar en furiosos leones, para sostener la causa de su Dios; y si la potestad temporal se empeora con la medicina, y como perro rabioso se vuelve contra la vara que lo hirió, entónces los furiosos leones se presentan otra vez como corderos, que sin balar se entregan al sacrificio, y consuman la carrera de su pontificado, imitando al príncipe de los pastores, y dando la vida por sus hermanos; y los obispos que no observan fielmente esta conducta, son siervos inútiles, sal fatua y disipada, asalariados viles que abandonan el rebaño, y perros mudos que por una

cobardía criminal, no se atreven á ladrar ni luchar con los lobos, en defensa del rebaño.

Pero esta doctrina inconcusa con el evangelio, tradicion de la Iglesia, doctrina de los padres y conducta de los santos, á la luz filosofal del Señor Tribuno, es preocupacion, es error, es fanatismo. ¡Infeliz de mí, que perdí el tiempo que podia haber dedicado al paseo, al baile, al galanteo, y á..... en estudiar una doctrina rancia, y de antaño, que solo me habia de servir de oprobio en los tiempos liberales de la España! ¡Infeliz, que pudiendo haber aprovechado, estudiando las obras de Voltaire, y todos los demas libros, en que se ha instruido mi amigo el Gallardo, solo me dediqué al estudio de las preocupaciones, de lo que se llama religion! Pero en fin, gracias al Señor Tribuno que me instruye en los verdaderos conocimientos á la luz de la purísima filosofia! Pero tambien debe Vd. saber, Señor Tribuno, que si Vd. ha abanzado á decir que las armas de la Iglesia son la *caridad y humildad, la oracion y persuasion*, con exclusion de otras, ha dicho una agudísima sentencia, de aquellas que se llaman solemnísimas borricadas; porque á mas de las armas susodichas, sino bastaren, debe fulminar el rayo de la excomunion, y oponerse diréctamente á toda potestad, como se eleve contra el ser que se llama Dios, y se adora.

¡Hubiera ordenado Jesucristo muy bien su Iglesia, si no le hubiera dado otras armas que la humildad y caridad para pelear contra los perversos decretos de los príncipes inicuos! ¡Bueno seria que mandara la potestad civil quitar uno de los siete sacramentos, y que no tuviese la Iglesia otras armas para oponerse á este decreto, que la humildad! Se-

ria bueno que mandara el príncipe á la Iglesia mudar algun artículo del credo , como por exemplo, en vez de decir que padeció baxo el poder de Poncio Pilato, confesar que padeció baxo el poder de la lengua , corazon y pluma del Sr. Tribuno; y que no pudiera oponerle la Iglesia otras armas que la oracion , persuasion , humildad y caridad.

Señor D. Florez, la humildad debe ir siempre apoyada en la verdad, y en ocasiones pasa á ser precepto el consejo de Salomon , que dice : *no quieras ser en tus abiduría humilde*. Hay tambien una caridad , que es un verdadero odio : *si male amaberis tunc odisti* ; y hay un odio , que es verdadera caridad : *Si bene oderis tunc amasti*.

Dicen que el templo se profana , por anunciar en él la abolicion del Santo-Oficio , y el reintegro de los RR. Obispos en los derechos que Jesucristo les ha dado para gobernar su grey, y apartar de ella la zizania de la mala doctrina.

¿Quien ha dicho tal , Señor Tribuno? ¿ Quien es capaz de soñar que el templo se profana por anunciar en él la extincion de un tribunal , cuya abolicion no falta quien asegure *que ofende los derechos del romano pontífice , que lo estableció como necesario , y muy útil al bien de la Iglesia y de los fieles*? ¿ Quién ha dicho que se profana el templo , anunciando en él, y en el santo sacrificio de la misa, la abolicion de un tribunal establecido, continuado, defendido y protegido baxo las mas severas penas por los Papas de tres siglos , cuando léjos de perjudicar á los derechos y esplendor de la Santa Iglesia, se anuncia como perjudicial á la Religion lo que han establecido , continuado y protegido los Pontífices de Roma , y la Iglesia de nuestra España?

No padecía el decoro del templo, anunciando en él las causas formadas por la Inquisición, en las quales abundaban los obscenidades é indecencias, y padecería anunciando el exterminio total de la Inquisición. Vaya, señor intendente, que son unos valientes mentecatos los que así piensan; pero esto dimana de no penetrar toda la profundidad de vuestro argumento, ni calcular su valentia. Españoles, el argumento que forma Florez (si no me engaño) es el siguiente: no se profana el templo confesando los pecados, aunque sean obscenos: no se profana trayéndolos á la memoria, y repasando los penitentes las obscenidades y obominaciones cometidas en todos los años de la vida con la amargura de su alma para alcanzar la reconciliación, ¿y padecería anunciando la extincion del Santo-Oficio?

No se profanó el templo con la publicacion del decreto, llamado de Florida-blanca, sobre el tabaco, que era una especie de contribucion que el rey podia echar, y la Iglesia podia apoyar, de un decreto anunciado *por el consentimiento* de la potestad eclesiástica. No se manchó con la promulgación que de los decretos de Napoleon hizo la mera violencia, ¿y se profanaria anunciando la abolición del tribunal de la Inquisición? Vaya, Señor Tribuno, que esta es una atroz calumnia, que levantó Vd. á infinitos hombres justos, letrados y pios. Estamos todos los españoles demasiado persuadidos de la monstruosidad y horribles crímenes de la Inquisición, y de lo temible que ha sido á muchos de los que... para decir que se ofende la santidad del templo, y sobre todo, la del divino sacrificio del altar, con la publicacion del exterminio total de tan horrible monstruo.

Anunciado el decreto de la extincion de la Inquisicion, se anuncia *el reintegro de los reverendos obispos en los derechos que Jesucristo les ha dado &c.* Quieren decir estas palabras que en adelante los señores obispos de España podrán usar libremente de la plenitud de su poder: podrán hablar y escribir libremente, sin temor de que su potestad sea coartada, su doctrina censurada, su conducta acriminada; y aunque la potestad les es dada entre otras cosas para arrancar la zizaña, por esta parte deben descuidar los obispos de España; porque desde que amanecieron en la península los piísimos liberales, ya no se conoce la zizaña: todo es grano bueno, manjar sólido y oro puro. He aquí una de las razones poderosísimas de alegrarnos por la abolicion del Santo-Oficio.

En la nota (q) vuelve á la conspiracion del Señor Gravina; por lo que *remisive* al tocamiento del bulto. En la nota (r) hace cómplice al Procurador: *idem.*

En la nota (s) añade: *que el Señor Arzobispo de Nicea, segun los datos que alega la Regencia actual, intentó traer los homes so semejanza del bien al mal, trabajó de facer perder á la representacion nacional la honra de su dignidad; trabajó de fecho é de consejo de que la tierra non obedeciese al Congreso, por lo que concluye diciendo que el Señor Gravina y cabildo de Cádiz han incurrido en el caso que la ley de partida llama traidores.* Solo le faltaba al Sr. Tribuno exclamar aquí con Virgilio, *eneid. 4 v. 28.*

*Imprecor arma armis, pugnent ipsique nepotes;
Litora litoribus contraria fluctibus undas.*

Allá va en castellano para el Señor Tribuno.

Con deseo vehemente
 Pido armas á las armas
 Y sus mismos descendientes
 Echen mano á las espadas.
 Las costas del mar airadas
 Den contra las otras costas
 Y sus hondas muy hinchadas
 Se estrellen con otras ondas.

Me ocurre ahora un pensamiento raro: voy á exponerlo, y ofrecérselo al Señor Tribuno. Mis lectores juzgarán de él como les dicte su caridad y prudencia.

Apénas habrá español que no tenga noticia de aquel famoso desfacedor de agravíos y enderezador de entuertos, de aquel digno sucesor de Cid Rui Diaz, de Bernardo el Carpio, del gigante Morgante, y del emperador de Trapisonda. Fácil es el conocer que hablo del príncipe de los caballeros andantes, que hizo estremecer al mundo en las llanuras de la Mancha, y especialmente en los campos de Montiel. Sabe tambien todo el mundo, que este famosísimo *Tribuno*, como no sabia otras verdades que las de los libros de caballerias, perdió el poco juicio que tenia, y en cierta ocasion se desatinó en buscar la *razon de la sin razon*, que á su *razon se hacía*; y de tal manera á su *razon* enflaquecia, que últimamente *lo vino á dexar sin razon*. Quantos objetos veia le parecian malsines follones: cuanto oia, aunque fuese el cuerno del dulero, le parecian clarines y señales de ataque: y cuanto le sucedia obra de encantos y gigantes descomunales. Tambien es notorio que este

invicto caballero entró en ataque contra un molino de viento, creyendo que era un gigante descomunal, y con denuedo enristró con su lanza y todo el vigor de su brazo á una de sus aspas: por mas señas, que fue embestido por ella con tanta furia, que caballo y caballero andubieron rodando por el campo. Pero lo que mas hace á nuestro intento es, que andando el invicto caballero conferenciando con su escudero del famoso *emperador Altifanfarron, señor de la grande isla Trapabona del rey de las Garrañantas de Pentapolin, del arremangado brazo &c.* vieron que venian unas manadas de ovejas balando: al buen Tribuno manchego se le antojaron exércitos, porque su fantasía herida y sensorio delirante no le sugerian otras ideas. Subióse á una loma con Sancho, para descubrirlo mejor, y quando divisó á los pastores, decia el invicto á su escudero, hablando de cada uno: ¿no ves? Aquel es Laucardo, señor de la puente de plata: el otro es Micolembo, gran duque de Quirocia: el de mas acá es el famoso Brandabarbaran: el de mas allá es el príncipe Timonel, que trae por escudo un gato, y una letra de oro que dice *miau*; y así fue discurrendo largamente. En vano se empeñó Sancho en persuadirle que ni habia generales ni exércitos: que lo que se veia eran pastores que apacentaban sus rebaños, y lo que se oia eran balidos que las ovejas dirigian á sus corderos. Diciendo esto, y asiendo bien de la lanza, embistió á las inocentes ovejas, creyendo ser enemigos. Superfluo es referir lo que se originó de aquí: los pastores se subieron á una altura, y desde allí enviaron al invicto caballero algunas peladillas con la honda. Nadie ignora que una de estas peladillas le sepultó dos costillas en el cuerpo, otra dió en la alcuza.

donde estaba el bálsamo confortante de los caballeros andantes, llevósele quatro dientes y muelas, y machacóle malamente dos dedos de la mano, de modo que dieron al fin con el invencible en el suelo.

Hé aquí una imagen propísima del Tribuno Florez. Á este buen Señor se le ha metido en la cabeza que ha de sostener los derechos del pueblo, como los tribunos en la república romana. Todo le parece que los ofende: no sueña sino ataques de los gefes de la Iglesia en esta causa del Señor Nuncio, cabildo de Cádiz &c.: se ha forjado un ejército formidable, que viene á exterminar la monarquía española: le ha parecido que venian contra ella generales diestrísimos, apoyados de innumerables legiones: les ha embestido con toda furia: y bien averiguado, ¿qué es? unos pastores que apacentan su rebaño: ¿qué es? unas ovejas que balan tras los corderos.

Quando leo en los números del Domine Florez una maquinacion tan horrenda, una traicion tan vil como la que ha maquinado el Señor Nuncio y el cabildo de Cádiz &c. contra la nacion española: quando veo los caudalosísimos rios de sangre que hubieran corrido si no se hubiera atajado: las llamas devoradoras que hubieran abrazado la grande nacion, y la desolacion y espanto de que se hubiera cubierto; me figuro que venia contra España un ejército de soldados de infantería, caballería y marina, que cubria el mar con la muchedumbre de sus navios. Á mas de esto, por una y otra parte me parece que cubrian las campiñas y las cumbres de los montes regimientos de infantes y de ginetes: el metal de las armas puesto contra el sol resplandecía, y sus rayos reverberaban en sus escudos y

yelmos, el estruendo del cañon, el ruido de las espadas y lanzas llegaba al cielo, no se veia en mar y tierra sino sangre por todas partes y acero.

Volviendo á leer el número del Tribuno, veia que los enemigos de la nacion española eran unos hombres feroces y terribles, que montados en caballos voladores, armados de punta en blanco, andaban por el aire como por encanto: me parecia ver baxo un punto de vista todas las calamidades de la guerra: la violencia de los tiros y balas que por toda España caian como la nieve: la lobreguez, tinieblas y negrísima noche, ocasionada del humo: el polvo nada inferior á una densa nube: los arroyos de sangre, los gemidos de los que caen, los clamores de los que quedan en pie, los montones de hombres tendidos en el suelo, las ruedas teñidas de sangre, los caballos que, tropezando en los cadáveres, caen de hocicos con los ginetes: la tierra toda que contenia estas cosas, confusamente: sangre, fusiles, cañones, espadas, uñas de caballos, cabezas de hombres, mezcladas con brazos, piernas, espinillas, pechos atravesados, y hasta los ojos de los hombres ensartados en las puntas de las bayonetas. Si horrorizado de tan terrible espectáculo volvía la vista al mar, veia una armada naval, y una multitud de buques guerreros que se estaban abrasando en medio de las aguas, y otros que se iban á pique con toda la gente armada: allí se me representaba el ruido espantoso de las ondas, el tumulto de la tripulacion, el clamor de los soldados, la espuma de las olas, que, mezclada en sangre, iba entrando á un mismo tiempo en todas las naves.

Esto me figuraba mi imaginacion quando oia al

*

Señor Florez de Estrada hablar, en el número 54 del Tribuno, de la traicion del Señor Nuncio, de la sangre de las hogueras, y de la total destruccion de España, ocasionada por el enviado de S. S., por algunos señores obispos, y cabildo de Cádiz. Mas luego que refresqué un poco, reflexioné mejor sobre el caso, y conocí claramente que estos exércitos poderosos, estos enemigos feroces, que nos dice el Tribuno que venian contra la España, eran unos pacíficos *pastores*, que conducian y apacentaban su rebaño: eran unas ovejas que venian balanceado, solícitas porque no se perdiesen los corderos: eran unos pastores, que á cada uno de los quales dixo Jesucristo: apacienta mis corderos: *pasce agnos meos*: unos pastores, á quienes dixo San Pedro: apacentad el rebaño de Dios que os está fiado &c.: *pascite qui in vobis est gregem Dei* &c. ? Pues de donde le viene al Sr. Tribuno figurarse que los pastores son generales, Quirones, Antifanfarrones, y príncipes de *Miau* ? ¿ Cómo es posible que se persuada que las mansas ovejas son enemigos crueles y formidables, y los balidos que dirigen á sus corderos son clarines que reunen y convidan al combate ? La causa es, que la fantasía del Tribuno está miserablemente herida : ha consumido el meollo leyendo los libros de caballerias; quiero decir, de... y por eso todo se le antoja traicion, intriga, armas, sangre, fuego, y estragos, que ocasionan la cúria romana, el Nuncio de S. S. &c. La desgracia es, que estos pastores no pueden manejar la honda que los del andante caballero; que sino, con algunas peladillas de aquellas podían restituir á Don Tribuno el juicio. Aquí se acaban las notas del incomparable Tribuno, y comienza una larga y elegante perora-

cion , dirigida á la nacion española y á sus dignos representantes , sobre la qual hablaré en adelante, si tuviere gana y tiempo; pero no puedo prescindir de advertir aquí á mis lectores dos cosas sumamente interesantes.

Primera: que en el número siguiente cumpliré la palabra, que tantas veces he dado , de tocarle el bulto al Sr. Tribuno; de modo que este tocamiento sea un verdadero comentario de todas las notas que hablan de las maldades del Sr. Nuncio , cabildo de Cádiz &c. En él veremos baxo un solo punto de vista, la horrible conspiracion como es en sí, y tambien quien es, considerado en sí mismo, el Señor Tribuno; y de paso manifestaremos la verdadera causa, y la razon *á priori* de habernos detenido tanto en esta digresion de la famosa historia de los venerables hermanos.

Lo segundo que advertimos es, que habiéndome enviado de Mallorca un poema, en el que se describe la vida, virtudes y milagros de un famoso (qué digo famoso) famosísimo Señor que, para nuestra felicidad , ilustracion , y edificacion, no mucho que vino á Cádiz , y encargándome que usara de él segun juzgara conveniente á la famosa historia de los liberales , he creido convenientísimo ofrecerlo al público , añadiéndole un oportuno prólogo.

No me sufre el corazon deferir su publicacion, y privar entre tanto al benemérito pueblo de Cádiz de un tesoro de verdades utilísimas para dirigir y rectificar el juicio de los acaecimientos ulteriores, envueltas con primor en oportunas gracias , chistes y sales. Saldrá mañana por la tarde, y se vende en las mismas tiendas que este periódico.

Cádiz: Imprenta de Lema, calle de San Francisco núm. 47.